

El 8 de marzo y los derechos de las humanas

Que la tierra tiemble. La potencia de la lucha de las mujeres fue invocada como lema de una movilización internacional el pasado Día Internacional de las Mujeres, movilización impulsada por el movimiento “Ni Una Menos” de Argentina, el país donde los femicidios – que hoy se llevan la vida de una mujer cada veinte horas- desataron un poderoso grito colectivo. A pesar de que estos crímenes de odio no disminuyen, la brutalidad encuentra una respuesta muy distinta a la naturalización y al miedo: las mujeres toman las calles una y otra vez, al grito elemental de: “vivas nos queremos”. El llamado logró eco en decenas de países.

El gran paro internacional de mujeres, con actos y movilizaciones en 50 países, fue precedido por importantes experiencias de lucha de miles de mujeres que recientemente protagonizaron las marchas contra los femicidios y la violencia machista en Argentina, los paros por la igualdad salarial en Islandia y Francia, el “lunes negro” de las mujeres polacas en protesta por el intento de prohibir el aborto, y la histórica Women’s March en Estados Unidos, en repudio a la figura del magnate misógino y racista Donald Trump. Volviendo a las raíces internacionalistas del 8 de marzo, propuesto por las mujeres socialistas como Día Internacional de las Mujeres, la acción coordinada por feministas y diversos colectivos de mujeres logró movilizaciones masivas en distintos países. ¿Pero por qué, en pleno siglo XXI y en un contexto de mayores derechos para las mujeres, visibilización de las violencias y representación de las mujeres en Estados, empresas, universidades y espacios anteriormente vedados, también hay mayores agravios para las mujeres y seguimos reclamando derechos humanos fundamentales?

Derechos humanos y derechos de las humanas en Argentina

Hablar de derechos humanos en Argentina remite inmediatamente a las violaciones de los mismos durante la última dictadura militar, remite a los secuestros y las torturas, a las desapariciones forzadas y a los centros clandestinos de detención. A las Madres y a las Abuelas de Plaza de Mayo, a los organismos de derechos humanos y a la lucha contra la impunidad. Hablar de derechos de las mujeres remite también a los derechos cercenados, remite a la violencia de género y a los femicidios, al derecho al aborto, a la explotación sexual. A derechos adquiridos como el derecho al voto, pero siempre a una lucha por conquistarlos. Los derechos humanos y los derechos de las mujeres pueden estar consagrados (algunos) como inalienables, pero es la acción política y la lucha la que tuerce la balanza. Si no, basta con ver el curso del derecho al aborto en Polonia o en España: en esta última la

legalización del aborto dio marcha atrás con la reforma impulsada en 2013 por el gobierno de Rajoy, restringiendo los plazos, los motivos y las edades de las mujeres para practicarse un aborto. En el caso de Polonia, el intento de restringir aun más el derecho al aborto hasta su prohibición total, e imponer penas de prisión para las mujeres que interrumpieran su embarazo, fue lo que desató el lunes negro donde miles de mujeres polacas se manifestaron. Producto de esas movilizaciones el gobierno retrocedió. Por ende, no podemos hablar de derechos sin hablar de la lucha por conquistar (y mantener) los mismos. Incluso, cuando el derecho consiste, sencillamente, en ganar un lugar de respeto, un espacio libre de acoso: al respecto podemos citar un caso poco conocido y muy particular: en 2011, en fábrica Kraft-Foods del principal cordón industrial de Argentina, en la Zona Norte del Gran Buenos Aires, una trabajadora fue acosada sexualmente por un líder del sector donde desarrollaba sus actividades. La mujer denunció al caso ante la patronal de la fábrica, que decidió creer la versión del líder y suspendió durante tres días a la trabajadora. Ante esta situación, indignada, la obrera recurrió a la Comisión interna de la planta, que desde hace años es influenciada por la izquierda. La respuesta no se hizo esperar y el conjunto de los trabajadores y trabajadoras del sector realizó un paro en repudio al acoso sexual hacia su compañera. Finalmente, lograron que la trabajadora pudiera retomar sus tareas y que removieran al acosador como líder de ese sector. Aquí donde no hablamos de reclamos frente al Estado, sino de la “tierra de nadie” de las empresas privadas donde reina el derecho de los jefes, este ejemplo es emblemático de la conquista de derechos como producto de la lucha y el cambio en las relaciones de fuerza involucradas.

Lo mismo podemos decir del movimiento por Ni Una Menos en Argentina. El recrudecimiento de la violencia machista y el brutal tratamiento mediático hacia las víctimas fue colmando un vaso que terminó de rebalsar en 2015, cuando por primera vez un grupo de mujeres periodistas decidió convocar a una marcha contra los femicidios. “Ni una menos” fue una masiva movilización que continuó expandiéndose como la pólvora. Más de uno llamó a esa jornada histórica “el 2001 de las mujeres”, cuando el hartazgo sobrepasó todos los miedos.

¿Se puede hablar de derechos humanos cuando se sigue cometiendo un femicidio cada 18 horas¹, y se siguen negando leyes de emergencia en violencia de género que permitan tomar medidas para que las mujeres logren salir de esa situación, provocando que el femicidio

¹ Durante los primeros 45 días del 2017, según los datos del Observatorio de Femicidios Adriana Mabel Zambrano, que forma parte de La Casa del Encuentro, se registraron 58 femicidios, ascendiendo la cifra a más de un femicidio por día. En 2016 se registró un femicidio cada 30 horas.

se transforme en un verdadero crimen social por la falta de acciones concretas y recursos materiales para la aplicación de la tan mentada ley 26.485?² ¿No son moneda corriente el secuestro, la tortura y las desapariciones forzadas de 300 mujeres al año que son víctimas de trata de personas?³ La lucha histórica de aquellos –y sobre todo, de aquellas, las madres, las abuelas, las que encarnaron un movimiento de mujeres emblemático en el mundo por su inédita y terrible causa- que alzaron la bandera de los derechos humanos enfrentando el terrorismo de estado y el largo silencio impune posterior, logró que se reconozcan el genocidio, la tortura, el secuestro, las desapariciones forzadas y las aberraciones que fueron parte de un plan sistemático del Estado que respondía a los sectores más concentrados del empresariado. El movimiento Ni Una Menos de Argentina está logrando el derecho de las mujeres a ser nombradas, visibilizadas y al reconocimiento del problema social de la violencia de género, aunque, contradictoriamente, los índices de la violencia machista son cada vez mayores.

La problemática de los femicidios fue una constante en las últimas décadas, con territorios emblemáticos como Ciudad Juárez en México. Inclusive fue tipificado en el Código Penal de distintos países como en Chile y Argentina, en un “reconocimiento” de la gravedad de la violencia machista en su manifestación más extrema, los crímenes de odio hacia las mujeres. Sin embargo las medidas punitivas hacia la violencia de género, a la vez que reconocen el fenómeno social que motiva los femicidios, hacen recaer la responsabilidad de los mismos en los sujetos individuales, en los femicidas como “inadaptados” del orden social, invisibilizando la trama de violencias que constituyen los eslabones que refuerzan las cadenas de la violencia de género: la violencia institucional, policial, mediática, laboral, obstétrica, social. Desde la demagogia punitiva, el femicida es el único responsable de la violencia, y la mujer que sufre la misma, es la única responsable de denunciarla. El movimiento de mujeres está logrando que, desde el femicidio al acoso callejero, desde el estereotipo mediático al comentario sexista de un profesor, se conviertan de sufrimientos

² La ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres se sancionó en 2009, pero nunca contó más que un presupuesto simbólico para su aplicación. Bajo el kirchnerismo, el Consejo Nacional de las Mujeres –órgano responsable de la aplicación de la ley 26.485- llegó a recibir la ínfima suma de \$16 millones, que representaban 80 centavos por mujer en el país. El gobierno de Macri recientemente recortó en \$ 67 millones el presupuesto destinado al organismo, lo cual explicó como un “error”, sin que haya subsanado oficialmente. En todo caso, desde la promulgación de la ley a la fecha, la misma jamás contó con un presupuesto que alcanzara siquiera el 1% del presupuesto nacional total, a pesar del crecimiento de las denuncias por violencia de género y de los masivos reclamos de las mujeres contra la violencia machista.

³ Según un informe del Ministerio Público Fiscal, entre 1990 y 2013 más de 3.200 fueron desaparecidas y al día de hoy se desconoce su paradero.

cotidianos en problemas políticos, tal como gritaba el feminismo de los años '60 y '70 con su histórico grito: lo personal es político.

Quizás por ello es que las movilizaciones son cada vez más contundentes y también se radicalizan los métodos de la protesta: en octubre de 2016 el brutal femicidio de la adolescente Lucía Pérez en Mar del Plata, que falleció producto de un empalamiento –un método de tortura medieval que luego fue reproducido en otras oportunidades por feminicidas– causó tanta indignación que Ni Una Menos convocó a un paro nacional de mujeres que además contó con una enorme movilización al Obelisco bajo una lluvia torrencial. Este paro, que no fue apoyado por los sindicatos, tuvo un efecto en distintos lugares de trabajo, incluso allí donde no había apoyo gremial. En lugares con mayor organización sindical, el paro se sintió en forma contundente: en el subte en la Capital Federal, las conductoras anunciaban el paro a los pasajeros: *“cuide sus pertenencias, pero también cuide a las mujeres, que no son sus pertenencias”*⁴. En la fábrica PepsiCo Snacks –planta Victoria del grupo Mondelez, también en la zona norte del GBA– una asamblea en cada turno ratificó la participación en el paro nacional de mujeres, iniciando la jornada con un paro a las 5am. Resolución que además, se repitió 5 meses después, cuando el 8 de marzo el paro internacional de mujeres comenzó en Argentina antes del amanecer, nuevamente a las 5 de la mañana en la fábrica PepsiCo. Aquí donde la organización de los trabajadores lleva años las mujeres tuvieron la posibilidad de apoyarse en sus delegados y delegadas de base, pero incluso en lugares de trabajo donde esta organización previa no existía, la subjetividad de las trabajadoras fue impactada por las movilizaciones y los femicidios. Así se percibe en el testimonio de una obrera metalúrgica:

“No hubo paro de nuestro sindicato, ni tampoco el patrón nos permitió salir antes para poder marchar. Mis compañeras de trabajo, que nunca se les dio por ir a una marcha, querían ir. Mis compañeras, que rara vez hablan de política, hoy lo hicieron sin descanso. Y llegaron las 13hs. Y simplemente pensamos que teníamos que parar, como si fuera tan natural como llevar a los chicos a la escuela. También pensamos por ahí el patrón o el supervisor se acercaba y nos decía algo. Y que le teníamos que responder que parábamos porque nos queremos vivas. Con ellas estamos encerradas en un galpón muriéndonos de frío o calor (según el mes del año) durante 9 horas, por uno de los salarios más bajos que existen (8 mil pesos por mes), las pocas que se han querido sindicalizar fueron despedidas por tan solo presentar los papeles, y nuestros dirigentes ni aparecen.

¿A quién le va a importar algunas pocas mujeres metalúrgicas en una fabriquita perdida? El patrón pasó por al lado, murmuró algo por lo bajo. No nos importó. Un

⁴ Citada en Cecchi, Horacio (2016, 20 de octubre). *La rabia marchó bajo una lluvia de lágrimas*. Página 12, edición digital.

*supervisor pasó caminando y le dijo a una de nosotras: “¿Podés ayudarme con esto?”, “Después de las 14”, le contestamos. Se sonrió como burlándose...lo miramos con odio. Nunca las vi mirar con tanto odio”*⁵.

Con tales cambios en la subjetividad de las mujeres, se esperaba que la convocatoria del 8 de marzo lograra masividad, y así ocurrió. Un nuevo elemento en la jornada de protesta fue la exigencia de los colectivos de mujeres y de sectores de trabajadores y trabajadoras a las centrales sindicales para convocar efectivamente al paro. Aunque dicho llamado no ocurrió, implicó un cuestionamiento a los dirigentes sindicales, que cada vez es mayor en las bases obreras en el contexto económico del país. La percepción de los ataques a los derechos laborales como parte de la violencia hacia las mujeres también se manifestó; un ejemplo es el corte de ruta realizado por las trabajadoras de la fábrica Textil Neuquén, en la provincia patagónica. Las 36 obreras que al día de hoy mantienen la empresa ocupada por el cierre y el fraude laboral que ejecutaron sus dueños, adhirieron al paro exigiendo que se garanticen sus puestos de trabajo. Así lo expresó con claridad una de las trabajadoras: *“para nosotras esto no es un festejo, porque con 36 familias en la calle, no hay ni una menos”*⁶.

El paro de mujeres en el mundo y la crisis del neoliberalismo

Otros hitos que prepararon el terreno para el paro internacional de mujeres fueron los paros por la igualdad salarial en Islandia y Francia. El 24 de octubre de 2016 tuvo lugar en Islandia –conocido como “el país más feminista del mundo”- un paro donde las mujeres salieron de sus trabajos un 14% antes de su hora de salida, en una elección simbólica de la brecha salarial entre varones y mujeres. El 7 de noviembre, las mujeres de Francia hicieron lo propio retirándose a las 16:34 de sus puestos de trabajo.

Todas estas medidas de paro estuvieron inspiradas en la famosa huelga de mujeres de Islandia en 1975, cuando las mujeres se propusieron visibilizar su rol en la sociedad y además de no asistir a sus trabajos rechazaron hacer el trabajo doméstico y de cuidados familiares, el “trabajo invisible” que no es remunerado. Dejaron de trabajar, cuidar a sus hijos, limpiar, cocinar el 90% de las mujeres islandesas, y la movilización en la capital fue de 25 mil personas en un país de apenas 200 mil habitantes. Y, sin embargo, más de 40 años después en el país modelo en igualdad de género las mujeres siguieron protestando contra la brecha salarial. Ni hablar entonces del resto del mundo. O mejor sí, hablemos.

⁵ Citada en Suárez, Laura (2016, 19 de octubre). *El grito por “ni una menos” en una fábrica metalúrgica*. La Izquierda Diario, ed. digital.

⁶ Diario Río Negro. *El paro de mujeres comenzó con las trabajadoras textiles en la ruta* (2017). [Video]

El informe de la OIT realizado en 2016 plantea que “persisten grandes disparidades de género en varios sectores del mercado de trabajo a nivel mundial” con datos de 178 países, los cuales arrojan que la disparidad de género en el empleo a nivel mundial se redujo sólo un 0,6% desde 1995, que las mujeres trabajan más horas que los varones tanto en el trabajo remunerado como en el no remunerado, que 200 millones de mujeres de edad avanzada vive sin ninguna pensión de vejez o de supervivencia (el 65% de las personas en edad de jubilación que no perciben una pensión regular), que se incrementó la brecha entre varones y mujeres en los empleos de calidad y los que requieren mayores competencias producto del desarrollo tecnológico, que las mujeres siguen ganando un 77% de lo que ganan los varones a nivel mundial, y que al ritmo actual la brecha salarial todavía tardaría 70 años en cerrarse⁷.

Con semejante panorama, es difícil creer en la meta de la OIT de “alcanzar la igualdad para 2030”. La desigualdad responde a problemáticas más profundas que la simple legislación o la “agenda” de los organismos internacionales.

La ofensiva neoliberal, a la vez que profundizó la desigualdad social, fragmentó a las masas trabajadoras, flexibilizó las condiciones laborales, creó una nueva masa de desocupados y desocupadas, e impuso la ideología del individualismo exacerbado, utilizó las reivindicaciones de diversos grupos oprimidos como maquillaje de gobiernos y políticas reaccionarios. Un ejemplo es el llamado *pinkwashing* utilizado por el Estado imperialista de Israel para la violación sistemática de los derechos humanos en Palestina, bajo el pretexto de garantizar los derechos para las mujeres y la población LGTB. Lo mismo puede decirse de Estados Unidos, que con el mismo pretexto invade los países de Medio Oriente, o de los Estados europeos que promueven la islamofobia en su territorio, por ejemplo, prohibiendo el uso del velo para las mujeres árabes. La crisis del feminismo neoliberal, que postula el empoderamiento de las mujeres a través del acceso a la educación superior, la profesionalización y al mundo de los negocios, llamado “el feminismo del 1%” en alusión a la minoría de mujeres propietarias y de la elite financiera, de clase media, blancas, profesionales y heterosexuales, tuvo su expresión en la derrota de Hillary Clinton en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. En las mismas, Clinton llamó a “romper el techo de cristal”, un llamado épico que recibió sólo el silencio ensordecedor de la mayoría de las mujeres estadounidenses, ya que la mayoría le dio la espalda, incluida la base demócrata atraída por el “socialismo” de Bernie Sanders. El llamado a “romper el techo de cristal” no tuvo eco en un país golpeado por la crisis de 2008, con el deterioro de los viejos sectores

⁷ *Las Mujeres en el Trabajo, Tendencias 2016*. Informe de la Organización Internacional del Trabajo. Publicado el 8 de marzo de 2016.

industriales, el fracaso de las intervenciones militares en Medio Oriente y el fantasma de los enemigos externos del “terrorismo” y los inmigrantes.

El “feminismo neoliberal” en palabras de la feminista estadounidense Nancy Fraser, no interpela a las mujeres que sufren explotación laboral, discriminación por ser migrantes, por ser negras o latinas, que cobran el salario mínimo o no acceden al mercado laboral por tener que cuidar hijos. Poco tienen que ver las profesionales de Wall Street y las representantes del establishment con la mayoría de las mujeres. Recientemente, una estatua de bronce llamada “la niña sin miedo” fue colocada frente al famoso Toro de Wall Street, la escultura emblemática situada fuera de la Bolsa de Nueva York. El toro, creado por el artista Arturo Di Modica, representaba el poderío estadounidense y la prosperidad luego de la crisis bursátil de 1987. Asociando el símbolo del toro con la virilidad y la agresividad en el mundo de los negocios, la *Fearless Girl* pretende ser un signo de empoderamiento femenino y recordatorio de la desigualdad entre varones y mujeres en el mundo de los negocios... y fue financiada por el fondo State Street, una firma financiera que gestiona activos por 2.5 billones de dólares. La “niña sin miedo” es parte de una campaña de sus líderes para promover “la diversidad de género en los puestos de liderazgo de las corporaciones”. Esto, que puede desatar el júbilo entre las mujeres del feminismo liberal, difícilmente represente absolutamente nada para las mujeres que son las principales afectadas por la desigualdad de género en los Estados Unidos: las inmigrantes, las negras, las jóvenes precarizadas, las lesbianas, las transexuales, las trabajadoras. Según el Informe sobre Desarrollo Humano de 2016, EE.UU. se ubica en el puesto 43 en el índice de igualdad de género, a pesar de ser el número 10 en cuanto a los índices de desarrollo humano. La feminista Zillah Eisenstein explica así el descreimiento en la figura de Hillary Clinton y en el “feminismo imperial”:

*“Cuando una mujer es presidenta, nos dicen –a las mujeres– que se ha roto el techo de cristal. Escucharemos que ahora estamos en una era posfeminista. Pero este “nosotras” sigue siendo demasiado rico, demasiado blanco, demasiado imperial, demasiado capitalista, demasiado todo lo que la mayoría de las mujeres (y varones) no son”.*⁸

Resulta contradictoria, entonces, la cuestión de la “ciudadanía” de las mujeres, como plantea Alejandra Ciriza:

“La noción de ciudadanía ha implicado, al menos desde el momento de su construcción moderna, una operación de sustitución del cuerpo real de los sujetos por un

⁸ Zillah Eisenstein, “Hillary Clinton’s Imperial Feminism”, *The Cairo Review of Global Affairs*, otoño 2016. Citado en Murillo, Celeste, “Hillary Clinton y su techo de cristal” en *Revista Ideas de Izquierda*, n° 35, noviembre-diciembre de 2016.

cuerpo construido sobre la base de la abstracción de las marcas de identidad de clase, raza, y sexo.”

Luego de las masivas y heterogéneas movilizaciones de mujeres posteriores a la asunción de Trump como presidente de Estados Unidos, y del llamado del colectivo Ni Una Menos al paro internacional de mujeres, se realizó un acto en Nueva York llamando a “construir un feminismo del 99%”, retomando el lema del movimiento Occupy Wall Street, los “indignados” con la crisis capitalista de 2008 que afirmaban “somos el 99% contra el 1%”.

Cinzia Arruzza, también en el acto de Nueva York, llamó a retomar una perspectiva anticapitalista para el feminismo. Si algo recorre el mundo, es la crisis del bipartidismo y el cuestionamiento al establishment, tanto en su versión de extrema derecha (encarnada en Donald Trump, el Frente Nacional Francés, en la política del Brexit, las derechas latinoamericanas de Argentina y Brasil), como en formaciones políticas con una retórica de izquierda, pero en los marcos del capitalismo. Más de una década de “progresismos” en América Latina no redujeron la desigualdad de género en el ámbito laboral⁹, ni terminaron con la violencia machista a pesar de reconocerla¹⁰, ni legalizaron el aborto en la mayor parte del continente¹¹.

Conclusiones

El paro de mujeres internacional habla de la posibilidad de un movimiento de mujeres de carácter internacional, solidarizado con las distintas causas de las mujeres en el mundo. Hay quienes incluso hablan de un “feminismo de la tercera ola” cuyo carácter distintivo sería la presencia en las calles. Lo cierto es que el movimiento excede por mucho a los sectores feministas organizados y se filtra en la vida cotidiana, en los lugares de trabajo, de estudio, en las relaciones personales.

Si bien no hay un cuestionamiento al sistema social en su conjunto, la masividad de los reclamos, la incorporación de las trabajadoras a las movilizaciones y los paros y el internacionalismo son signos que no se habían manifestado en los últimos años y que abren

⁹ El informe de la OIT arroja que los países de América Latina y el Caribe registran altos niveles de desigualdad de género. La desigualdad en los niveles de empleo es de un 25% de desventaja para las mujeres, con mayores niveles de desocupación, informalidad, concentración del 80% de las mujeres en los empleos relacionados con los servicios contra un 11% en la industria y un 8% en la agricultura y mayores índices de desempleo juvenil.

¹⁰ América Latina es la región con mayores índices de asesinatos en contexto de violencia de género. 14 de los 25 países con las tasas de femicidios más elevadas se encuentran aquí, donde cada año 60.000 mujeres son asesinadas.

¹¹ Según Amnistía Internacional, América Latina sólo se compara con África y Medio Oriente en materia de legislación sobre el aborto. El 97% de las mujeres latinoamericanas vive en países con una restricción muy severa del aborto, en un continente donde la mitad de los embarazos son no deseados. Los países de América Latina y el Caribe registran además las más altas tasas de aborto, contra Estados Unidos y Europa con las tasas más bajas.

múltiples debates para la construcción de los movimientos de mujeres. Recordar en ese contexto que el Día Internacional de las Mujeres fue propuesto por las mujeres socialistas que abogaban por el fin de la explotación, y que un Día de la Mujer de 1917 fue cuando las mujeres en protesta contra la guerra y la carestía de vida en Rusia dieron inicio a la primera revolución obrera triunfante, y que cambió la historia de los derechos de las mujeres legalizando el aborto, despenalizando la homosexualidad, permitiendo el divorcio¹², representa un legado muy importante para los debates de hoy, como también los debates que atravesaron el feminismo de la segunda ola que también se planteaba subvertir el orden social, en diálogo y en confrontación con las corrientes socialistas y anticapitalistas. Los regímenes capitalistas, tanto neoliberales como “progresistas” a pesar de tomar la “agenda” de las mujeres no han garantizado una igualdad real para las mayorías más explotadas y oprimidas.

Basta mirar las aberraciones producidas por aquellos países que presumen de la mayor igualdad, como los estados de la Unión Europea que con sus intervenciones militares provocaron una crisis migratoria de terribles dimensiones, donde hombres, mujeres y niños mueren por millares en el Mediterráneo¹³, en las fronteras o son obligados a vivir en campos de concentración a cielo abierto en las ciudades europeas. Basta con ver que, a pesar de la liberación sexual sin precedentes, casi 3 millones de personas son víctimas de la trata de personas cada año en el mundo, 80% de las cuales son niñas y mujeres y de las cuales la mitad es secuestrada con fines de explotación sexual. Basta con ver que a pesar de que existan mujeres presidentas, primeras ministras, líderes de corporaciones, brillantes mentes científicas femeninas, las mujeres constituyen el 70% de los pobres y analfabetos del planeta.

La opresión de género alimenta el sistema capitalista, consistente en la explotación de una minoría sobre las más amplias mayorías de trabajadores, y en una situación mundial con incertidumbre por la crisis económica y las representaciones políticas, nuevamente implica que hablar de derechos de las mujeres y de derechos de humanos y humanas también es hablar de los problemas de la mitad de la humanidad y de las más amplias mayorías de la sociedad. Es por eso, seguramente, que cientos de miles de personas, varones, mujeres, trans, se sienten interpeladas a salir a las calles y ponerle el cuerpo a los reclamos de las mujeres.

¹² En este sentido el marxista belga Marcel Liebman señalaba que: *“no fue la lucha por las reformas la que preparó y promovió la revolución, sino la revolución la que abrió paso a las más profundas y verdaderas reformas.”*. Citado en D’Atri, Andrea. Prólogo a “La mujer, el estado y la revolución”: Ediciones IPS, 2010.

¹³ 2016 registró más de 5.000 muertes de refugiados y refugiadas en el mar Mediterráneo, contra 3.000 en 2015, a pesar de que se redujo el número de personas migrantes; es decir que viajan menos refugiados pero mueren más en el trayecto.

Bibliografía

Ciriza, A. *¿En qué sentido se dice ciudadanía de mujeres? Sobre las paradojas de la abstracción del cuerpo real y el derecho a decidir*. En publicación: Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía. Hoyos Vásquez, Guillermo. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. 2007. ISBN: 978-987-1183-75-3.

D'Atri, A. (2004). **Feminismo y marxismo: más de 30 años de controversias**. *Revista Lucha de Clases, segunda época, n° 4*. pp. 40-54.

Fraser, N. *El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia*. Publicado en Barcelona Pensa. En línea: https://www.barcelonapensa.cat/images/7/74/Recurs-El_feminismo,_el_capitalismo_y_la_astucia_de_la_historia..pdf

Goldman, W. (2010). *La mujer, el Estado y la revolución. Política familiar y vida social soviéticas 1917-1936*. Buenos Aires. IPS.

Murillo, C. (2016). *Hillary Clinton y su techo de cristal*. *Revista Ideas de Izquierda, n° 24*. pp-24-26.